

LA IGLESIA PERSEGUIDA: DESAFIO LATINOAMERICANO

CESAR AGUILAR BELTRAN

Dirigente de MIEC-JECI, Montevideo, Uruguay

Los hechos cotidianos de la vida de la Iglesia superan las expectativas del cristianismo medio. ¿Quién podía pensar, hace cinco años, que en nuestro continente habrían sacerdotes asesinados, cristianos perseguidos, sacerdotes deportados, clausura y ataque a la prensa católica, allanamiento de locales eclesiológicos etc.? Probablemente nadie: para los cristianos más radicalizados cinco años atrás el proceso revolucionario se revestía de tintes utópicos, y no lograba tomarse conciencia de la dramática historia que implicaba; para los cómodamente asentados en las poltronas de régimen, en cambio, hablar de revolución era, ya una enfermedad de mentes afebradas, ya una simple agitación de "extremistas extrangerizantes". No faltaban los cristianos tecnócratas, para los que la revolución era simplemente un cambio social producto de sabios ajustes técnicos y científicos, que pasaban asépticamente sobre la lucha de clases y naciones.

La realidad actual destruye todas esas imágenes. Para el cristiano radicalizado la revolución es un tremendo desafío, que exige riesgos y rupturas antes inimaginadas; para el conservador la revolución es también un desafío, al que hay que responder con drásticas medidas de control, que puedan afirmar la seguridad de las poltronas en la que asientan los privilegios; para el tecnócrata es un proceso inasible que mejor sería que no existiera, y que cuestiona profundamente la validez misma del proyecto tecnocrático-desarrollista, obligándolo a lograr el servicio de quien va poner el técnico su técnica, por todo esto, no es exagerado decir que un mundo se acaba y que solo podrán subsistir fecundamente en el que surge aquellos que sepan comprender a tiempo los cambios de la historia actual.

El avance del proceso histórico, sitúa las contradicciones en el medio de la vida cotidiana y, desde allí, en el seno de la vida de la Iglesia. La contradicción enfrenta a los que eligen por una sociedad nueva y los que mantienen el statu quo, y, de este modo, enfrenta a los cristianos que militan en ambas faldas. Y cuando en el enfrentamiento los detentadores del statu quo hacen uso de los medios represivos a su alcance para seguir detentándolo, en el seno de los oprimidos perseguidos surge también una Iglesia perseguida, que se erige frente a aquellos cristianos que, en el seno de los opresores pretenden mantener una Iglesia triunfalista. Este análisis, aunque esquemático, es sin embargo válido en sus grandes líneas, y comprenderlo cabalmente es una exigencia básica para cualquier intento de situar la Iglesia a la hora de los tiempos.

LA PASTORAL DE LA IGLESIA EN UNA SOCIEDAD CONTRADICTORIA...

Entre otras cosas dicho análisis es esquemático porque hay que pensar en una gran masa permanece --aparentemente o inconscientemente-- indiferente a la contradicción que parece ser problema de grupos sociales especialmente activos. En esas condiciones: ¿a quién dirigir la palabra pública de la Iglesia? ¿al oprimido consciente, apoyándolo, alentándolo en su tarea de liberación? ¿al opresor, exigiéndolo, denunciándolo, desmascarándolo, poniendo de manifiesto sus contradicciones respecto al mensaje cristiano? ¿al indiferente llamándolo a despertar, a atender a su circunstancia histórica, haciéndolo ver que el cristianismo lo que no perdona es la tibieza, la indiferencia? El problema es grave: ¿las estructuras actuales de la Iglesia no están pensadas para sociedades armónicas que si nunca son tales en este momento lo son menos? ¿Hablandole a los tres sectores por igual no corre la Iglesia el peligro de no hablar a ninguno, volando por encima de la historia sin arraigar en ella?

Urge --para la Iglesia uruguaya, para la Iglesia latinoamericana--, pensar estos problemas. En el Uruguay el enfrentamiento recién comienza a aflorar; en otros países se vive hace tiempo; sin embargo, falta una reflexión sistemática sobre el punto. En Brasil ¿las estructuras de la Iglesia sirven para atender u recibir en su seno a la gran cantidad de cristianos perseguidos? ¿en Paraguay? Teológicamente encarado, de modo abstracto, el problema parece tener respuesta: pero, ¿lo tiene pastoralmente, históricamente? Un amigo Paraguayo me escribía días atrás: ante los policías, ante la prensa "stroessnerista", ante los panfletos difa-

matorios, "no me siento confuerzas para decir Padre Nuestro". En palabras simples, la idea expresa todo el problema que hay que enfrentar. Una solución cómoda y simplista sería escandalizarse y preguntarse engoladamente, "Como no van a poder decir Padre Nuestro?". el problema es mucho más grave: ¿tiene la Iglesia fuerza, vitalidad, para exigir a los cristianos que eligen por la represión que, si quieren ser cristianos, deben elegir una perspectiva de liberación? Ya no sirve más --t ológicamente supe rada-- aquella perspectiva que exigía unidad "en lo espiritual" admitía una "legítima diversidad" en "lo temporal": lo espiritual y lo temporal no coexisten como dos realidades separadas que tienen cada una en sí la clave de su son tido, sino que existen unidos en la existencia histórica del hombre.

Diría que la pregunta recién planteada, bajo diversas formas, en distintas situaciones, va a ser repetidamente planteada a la Iglesia en los años venideros. Estas notas --que mas que afirmaciones son interrogaciones aún no sistematizadas-- buscan abrir una reflexión sobre el punto.

Tomada de PERSPECTIVAS DE DIALOGO N°. 35, 1969